

mo de las personas enamoradas, estaba seguro del amor de su mujer, porque la amaba, porque se habia consagrado á ella con toda su alma, y porqué era la fé, la credulidad, el candor, y más que todo eso, en fin, el honor mismo.

La siniestra lectura de las cartas que le habia entregado Fouché habia producido por consiguiente en aquel hombre el efecto de un rayo. Peco faltó para que no cayera muerto de repente. Pero hay dolores que no matan sino con el tiempo, ó mejor dicho, hay corazones viriles que parecen creados para soportar sin romperse la terrible presion del sufrimiento.

El comandante habia sobrellevado por lo tanto aquella revelacion como si hubiese recibido una nueva herida, pero la más profunda, la más cobarde y la más desgarradora de todas.

## III

## La prision

La primera impresion que experimentó Claudio Rivière al hallarse solo en el desnudo cuarto que le dieron por cárcel fué la de ira, no repetia más que una sola palabra con reconcentrada rabia: ¡Miserable! ni más que un nombre: ¡Teresa! Luego una especie de abatimiento siguió á aquel estado de violencia, durante el cual golpeaba con el puño cerrado sobre la mesa de pino blanco, ante la cual estaba sentado, y poco á poco la duda, esa extraña duda que roe al hombre en medio de su felicidad, y que, por un prodigio contrario, le consuela en su sufrimiento, penetró en su alma y tomó espíritu, repitiéndolo interiormente un incesante:

—¿Si será falso?

¿Pero acaso no habia tenido entre sus manos y las habia leído las cartas en que Teresa aceptaba las protestas de amor de otro hombre? ¿No le habia asegurado Fouché que su mujer habia desaparecido de su casa?

¿Qué importaba eso? Fouché podia haber mentido. Aquellas cartas ¿habian sido realmente

encontradas en las habitaciones de Teresa? ¿No era acaso posible que atribuyeran á una mujer honrada y adorada el crimen de otra? ¿No podía ser un lazo de la policia? Quizá habrían querido obligarle á hablar sometiéndole á aquella horrible tortura moral. ¿Por qué no?

En las horas de completa desesperacion es cuando se conciben las más quiméricas ilusiones. El espíritu tiene también como los ojos sus espejismos. La más furtiva claridad se convierte en promesa, más aun en certidumbre de salvacion.

Por eso habia instantes, horas enteras, en que el comandante, olvidando la implacable realidad, creia que lo que habia visto y tocado era falso, era un sueño, una mentira, era una invencion de polizonte. Respecto á la acusacion capital del complot contra la seguridad del Estado, era para Claudio Riviere cosa de poca importancia.

Arriesgaba su vida, es cierto, pero al ménos no se trataba de la pérdida de su íntima alegría, ni de ninguna injuria hecha á su honor.

Aquellos momentos de ilusiones insensatas no duraban mucho tiempo, y á medida que Claudio reflexionaba, iban siendo cada vez más escasas. ¿Cómo dudar despues de lo que habia leído? ¿No habia acaso reconocido la letra de aquellas cartas por la de uno de sus amigos, de sus compañeros? La infamia estaba probada. Esperaba la hora en que el comandante, entregado á la conjuracion, de que era uno de los jefes y de la que habia aceptado ser tesorero,

estaba ocupado en aquella obra de lucha, para pedir á Teresa una entrevista, una cita. ¿Y quién pedia esto? ¿Quién era el cómplice de aquella mujer, cuyo pecho hubiera deseado Claudio Riviere, á costa de su propia vida, atravesar con su espada?

Era un hombre á quien el comandante habia hasta entonces querido y apreciado profundamente: un militar, un noble italiano, que salió en otro tiempo con él, en el contingente de voluntarios, y llegó á ser capitán de un regimiento de línea al servicio de la Francia.

De alta estatura, anchas espaldas y una cabeza altiva de cabellos negros y rizados como la de un Lucius Verus sobre unos hombros de Hércules, el capitán Agostino Ciampi, marqués de Olona, hubiera sido el tipo perfecto de la belleza masculina, si algo vago en su mirada, una especie de principio de estravismo no hubiese quitado á su fisonomía todo lo que forma el encanto de un rostro humano, la mirada necesaria á la belleza de la cara como la luz á un paisaje.

Agostino tenia veinticuatro años cuando, antes de ser militar, fué uno de los liberales más influyentes de Nápoles, y, aunque noble, habia ofrecido sus servicios á la república griega. Cuando en 1799 Fernando IV y la reina Carolina volvieron á Nápoles, Agostino Ciampi estuvo á punto de ser arrestado y condenado al mismo tiempo que el desgraciado almirante Caraccioli, de quien lady Hamilton miraba el cadáver colgado de las vergas de su navio; pero el marqués pudo escaparse, no dejando en Nápoles, por to-

da familia, más que una hermana, casi una niña, confiada á los cuidados de una anciana aya, y no pensando en adelante sino en salvar su cabeza, huyendo de la proscripción y el suplicio, habia pedido á la Francia una espada y el derecho de combatir por ella.

El marqués italiano, soldado del emperador, se jactaba en voz alta de ser republicano, no disgustándole el que se sorprendieran de hallar en él ideas jacobinas tan elegantemente llevadas. Por lo demás, sus convicciones no existian sino en la superficie, y hubiera renegado con gusto de ellas por obtener un grado. En el fondo de su alma aquel hombre debia sentir, de seguro, el haberse comprometido tan ligeramete el año 98 por aquella república napolitana, cuyo fin debia ser la vuelta del rey y la persecucion de los liberales. Pero, en fin, habia creído hallar el poder en aquella algarada; la suerte estaba echada, y continuaba haciendo alarde de opiniones que no tenia.

Si el imperio le hubiese ascendido rápidamente, Agostino Ciampi, marqués de Olona, le hubiera servido como verdadero cortesano; pero fuese porque á causa de sus principios políticos no fuera bien mirado en los ejércitos imperiales, ó porque la mala suerte se mezclara en ello, el marqués no avanzaba en su carrera tanto como hubiera deseado. El oficio de soldado empezaba á cansarle, y sin duda sentia el haber soltado á la fiera por su sombra, pensando á veces que si su mala estrella no le hubiese comprometido desde un principio en las turbu-

lencias de la república griega, por aquel tiempo habria estado brillando en la corte de Nápoles, adorado por las mujeres, adulado por los hombres, favorito de la reina ó del rey, rico y feliz, en vez de arrastrar en los campamentos sus botas, cubiertas de barro, y estarse preguntando qué cortesano de María-Carolina se estaria comiendo en aquel momento la fortuna del marqués de Olona, que le habian confiscado.

El mal humor, el despecho, la necesidad de ahogar sus decepciones, y sin duda la esperanza de hallar quizás en una aventura desconocida, en una nueva tentativa, el fin de una existencia de fatigas y de fastidios; todos esos sentimientos y todas esas causas habian impelido á un tiempo á Agostino Ciampi á formar parte de la asociacion de que era miembro Claudio Riviere.

Claudio habia conocido al capitán en campaña; sabia que era valiente y le creia convencido, de buena fé.

Cuando dos padrinos apoyaron la especie de candidatura impuesta á todo el que queria entrar en la asociacion de que era jefe el coronel Oudet, Claudio Riviere, ante los rigidos soldados que formaban el comité secreto, insistió para que fuese aceptado el marqués.

—Hay minutos que bastan para juzgar á un hombre,—dijo.—Antes de abandonar la infantería y pasar á los dragones, hice la campaña junto al capitán Ciampi. Un dia, bajo el fuego de los austriacos, fué, seguido de un solo zapador, á colocar unos maderos sobre un puente

de madera medio derruido, y que barrian las balas. Sobre aquellos maderos pasaron luego uno á uno, bajando la cabeza todos los hombres de su compañía, y tanto peor para el que caía! Mientras tanto, él de pié apoyado en el parapeto, con la espada debajo del brazo izquierdo, permanecía impertérito y sin que se estremeciese un sólo músculo de su cuerpo. ¡Es un valiente!

El capitán Ciampi, fué, por consiguiente, admitido á formar parte de la asociación militar, á la que llevaba una rápida inteligencia, un gran desprecio de la vida y un extraordinario deseo de éxito. La casualidad hizo que una herida, bastante lenta en cicatrizar, no le permitiese reunirse á su regimiento que en aquel entonces peleaba en el Danubio, y hacia ya varios meses que estaba en Paris cuando Claudio Riviere le convocó para asistir á las reuniones que tenían lugar en la calle de Montmartre esquina á la calle Jussienne, en el domicilio del comandante.

En la cárcel, al recordar Riviere la noche en que el marqués penetró por primera vez en su casa, cerraba los puños con rabia.

—¿Es posible? ¡He sido yo — se decía — yo, quien le he llevado á su lado; yo, quien los he presentado uno á otro! ¡Yo! ¡Loco, necio, estúpido de mí!

Y se paseaba por aquel cuarto de la Conserjería mordiéndose las manos de coraje. ¡Entonces recordaba muchas cosas que habían pasado inadvertidas para él! ¡Ciertas inesplicables tur-

baciones de Teresa, ciertas meditaciones profundas, suspiros sin causa y silencios sin fin.

—¡Pensaba en él! ¡Deseaba volverle á ver! Yo la hablaba, estaba á su lado, la decía: «¡Te amo!» Y mientras tanto estaría evocando la imagen de otro y preguntándose: «¿Vendrá?»

El comandante entonces como si oleadas de sangre le subiesen á la cara, apoyaba su frente y sus sienes en los barrotes de hierro de su ventana.

Su vida no era ya sino una fiebre continua.

Trataba de saber como Teresa, aquella mujer adorada, habia podido engañarle. ¿Era desgraciada? ¿No la amaba él bastante? ¿Qué poder tenía aquel miserable italiano que iba como un ladrón á robar la dicha ajena?

A todas esas preguntas sin contestacion, Claudio Riviere, oponia siempre la misma desconsolada réplica: ¿Qué importa? En efecto, lo seguro era la desgracia irreparable, la traicion evidente, la cobardía cometida. ¿Quién era el más culpable de los dos cómplices? El comandante no trataba de saberlo. Lo que hubiera deseado era presentarse ante ellos y castigarlos á los dos.

Toda su sangre hervia ante la idea de la venganza. ¡Un hombre le habia robado el honor, le habia infringido el más vil y más horrible de los ultrages y aquel hombre vivia! ¡Qué sueño más espantoso! Claudio Riviere necesitaba hacer violentos esfuerzos para desechar las atroces ideas que le asaltaban.

—¿Por qué no has de matar á ese hombre?—

murmuraba en efecto, á su oído, una voz irónica, vaga, y no obstante dolorosamente clara. —¿Por qué no te vengas? ¡Puedes hacerlo!

Claudio Rivière podía hacerlo. Las burlonas palabras de Fouché se presentaban mil veces al día á su imaginación. El comandante tenía su libertad en sus manos. Con que dictara un nombre á Fouché se abrían las puertas de su prisión. Claudio estaba en libertad y podía arrojar sobre el hermoso italiano y su cómplice y aplastarles á los dos, implacablemente como la justicia.

Cuando esta idea cruzaba por su imaginación, sentía que la sangre coloreaba sus mejillas y se despreciaba como si hubiese cometido una acción infame.

—¡Entregar á una persona por satisfacer una venganza personal! ¡Qué locura!

Y se apretaba el corazón bajo su levita, para impedirle que latiera y se destrozaba el pecho con las uñas para ahogar su sufrimiento, como los histéricos fanáticos se maceran las carnes para ahogar la tentación.

Algunas veces—aunque pocas—el ardiente amante de la libertad se sobreponía en él al esposo herido en el alma. Entonces se erguía, diciéndose que, por lo menos, ningún papel, ninguna huella indiscreta había descubierto ni á uno solo de los hombres que conspiraban por la república, y que el éxito seguro sería el fin de su empresa. Sólo un conjurado estaba preso, y ese era él. Los nombres de los demás eran un secreto para la policía. Oudet, el verdadero je-

fe de la asociación, combatía en Wagram. Seguramente que tenían tiempo de esperar su vuelta y en tanto trabajar. La policía imperial, al coger á Claudio Rivière, no había adelantado nada, absolutamente nada.

—Un hombre á quien fusilar, eso es lo único que tienen—pensaba el comandante.

—Pero de ese hombre no obtendrán ni una palabra, ni una señal que pueda comprometer á nadie—añadía.

Claudio Rivière pensaba también con un sentimiento profundo de tranquilidad y satisfacción, que la noche anterior á la que le prendieron y condujeron á la prefectura de policía acababa de entregar á uno de los Filadelfos que llevaba en la asociación el nombre de *Varus* los fondos destinados á sostener y hacer prosperar aquella especie de frac-masonería militar.

El comandante tenía en su casa, veinticuatro horas antes de que la visitara la policía, una suma de trescientos mil francos en valores diversos, escrituras, pagarés y billetes de Banco.

Una de esas casualidades, que son la salvación de las personas, permitió, que habiéndose presentado el coronel Thevenot—al que llamaban *Varus*—en casa de Claudio Rivière, éste le recordase que Oudet había dado la orden de trasladar á Burdeos y no dejar en París el dinero de la asociación, por cuya razón le entregó á un tiempo billetes, escrituras y pagarés.

—¡A Dios gracias—se decía Rivière—las cotizaciones de nuestros hermanos de armas, no ha-

brán servido para pagar el celo de los agentes del señor duque de Otranto!

Esta idea suavizaba algun tanto el dolor cada vez más desgarrador en cuanto su pensamiento se fijaba de nuevo en Teresa. Por más que luchaba consigo mismo, que trataba de vencerse, y, con un enérgico esfuerzo, rechazar aquella cruel imagen, cada día más punzante, como una mordedura que se hubiese envenenado, sus ideas no tenían más que un objeto, como sus labios en sus horas de insomnio, no tenían más que un nombre: Teresa.

José Fouché sabia perfectamente que la soledad en que dejaba al comandante Rivière era la más espantosa de las pruebas. Un prisionero que en su celda viese continuamente brillar ante sus ojos una hoja de acero y que al estender la mano hallase inevitablemente el puño magnético del puñal, de seguro acabaria por herirse con él. Fouché, razonando por analogía, estaba persuadido de que el comandante Rivière cederia á la horrible tentacion de recobrar su libertad para tener el derecho de vengarse.

La libertad para Claudio Rivière en aquellas circunstancias era una cobardía; ¿pero cuantas cobardías—repetia Fouché—cuantas bajezas no han hecho cometer las pasiones en este mundo?

—Quisiera ver—murmuraba el duque de Otranto, que era algo literato—¿cómo Otelo teniendo la puerta abierta para precipitarse sobre Casio y Desdémona, realmente culpables, vacilaria en hacerlo!... La reflexion habrá modificado la testarudez del comandante.

Al cabo de algunos dias de aquella prueba, José Fouché dió orden de que condujeran á Claudio Riviere á su presencia.

—¿Estais decidido, comandante?—le preguntó.

—¿A qué me tengo que decidir?

—A lo más prudente, que es olvidar los negocios ajenos para no ocuparse sino de sus preocupaciones personales.

Riviere palideció ligeramente y no contestó.

—¿Y bien?—dijo el ministro.

—Contesté el otro dia, que nada obtendriais de mí. ¿Podeis mandar que me vuelvan á la cárcel!

—Comandante,—dijo Fouché,—os quedan todavía algunas horas para decidiros. Hasta el presente he sido vuestro único juez de instruccion. Desde mañana os prevengo, que vuestra causa seguirá su curso regular.

—No pido más leyes que las del derecho comun,—repuso Riviere.

—¡Oh! ya sé que sois un valiente y que no se obtendrá nada de vos por el miedo, por eso he querido emplear las razones. Es una locura vacilar como lo haceis en salir de la cárcel, cuando un miserable (hablo del autor de las cartas) abusa de vuestra lealtad.

—¡Ya os he dicho—interrumpió Riviere—que el que un hombre haga traicion á vuestra confianza y sea un miserable, no es una razon para volverse uno mismo infame!

—Es cierto. Por eso no os he aconsejado la infamia, sino la habilidad.

—¡No entiendo vuestras distinciones!

—Pero, en fin—dijo Fouché de repente, sin

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

giendo una sonrisa,—¿creeis acaso que vuestras declaraciones nos son enteramente indispensables para conocer los nombres de la mayor parte de los filadelfos, como vos los llamais? ¡Esos nombres, comandante, los sabemos todos ó casi todos de memoria!

—Entonces ¿á qué me los preguntais?

—Sí, comprendo. ¿Lo dudais? Pues bien, voy á nombraros al jefe supremo de vuestra asociacion y á deciros cuál es su grado, su situacion y su nombre.

—¿De veras?—dijo Rivière.

—El hombre que tiene en su mano todos los hilos de vuestras intrigas se llama Juan Santiago Oudet.

Claudio Rivière se estremeció involuntariamente.

—¡Oudet!—dijo con espresion de mal disimulada angustia; y pensó para sí: «¡Oudet está perdido!»

—Por lo demás, Oudet ya no es peligroso—continuó Fouché:—Oudet ha muerto.

—¿Ha muerto?—dijo el comandante con voz ahogada y quedándose aun más pálido.

—Sí, ha muerto en Wagram al dia siguiente de haber sido ascendido á general de brigada.

—¡Ha muerto á manos del enemigo!—repuso lentamente Rivière, despues de un momento de silencio.—Este ha sido feliz. ¡Ha muerto por la patria!

Un momento despues añadió:

—¡Pero morir por la libertad tambien es una hermosa muerte!

—Vamos—dijo Fouché,—¡es una lástima! ¡Veo que no obtendremos nada de vos!

—Nada, señor ministro, y puesto que sabiais que el coronel Oudet era de los nuestros, poned presos á todos los que amaban y respetaban á Oudet. Estos son numerosos, y estad seguros de que, en el momento del peligro, todos habrian sido sus cómplices, porque sabian que aquel hombre era un héroe!

—No me habeis comprendido, comandante; voy, pues, á repetiros mis proposiciones—dijo Fouché.—El que se os ponga en libertad depende únicamente de vos. Solamente algunos nombres y estais libre!

—He ganado todos mis grados á costa de mi sangre; ¿cómo podeis creer que vaya á comprar mi libertad á costa de mi honor?

—A fé mia—dijo Fouché—que sois heroicamente testarudo, comandante; pero un solo nombre, por lo menos... uno solo.

—Ninguno. El mio os basta, juzgadme. El nombre del que...

—¿De quién quereis hablar?—dijo Rivière, viendo que el ministro se detenia.

Del hombre que ha escrito las cartas que habeis leído.

—¿De él?—repuso el militar poniéndose lívido.

—¡Ah! ¿Supongo que á ese no le salvareis tambien?

—No os nombraré á ese ni á ninguno—contestó Rivière.—Un sólo nombre puede poner sobre las huellas de los demás. ¡Nada sabreis! Te-

ned la bondad, señor ministro, de hacer que me conduzcan de nuevo á la cárcel.

—¿Que os vuelvan á la Conserjería? Corriente. ¡Ah! sois tenaz en vuestra generosidad. ¡Demonio! Yo me vengaría más fácilmente que vos, os lo aseguro!

—¿Y quién os dice que no esté yo dispuesto á dar mi vida por vengarme?—dijo el comandante mientras que el ministro llamaba á sus agentes y les daba sus órdenes.

Claudio Riviere resistía intrépidamente aquellas horribles tentaciones, y sin que Fouché tuviera necesidad de apretar mucho en la herida, su imaginación le representaba la espantosa visión de Teresa y Agostino ocultos en algun rincón de París, saboreando su felicidad oculta, furtiva, culpable, inmensa. Los veía mientras el duque de Otranto hablaba, y los volvió á ver cuando se quedó de nuevo solo en su cuarto ante su mesa de pino y sus barrotos de hierro.

Entonces aquel hombre que se habia propuesto permanecer tranquilo, resuelto y como impenetrable en presencia de Fouché, sintió que la desesperación doblegando su voluntad, llegaba hasta arrancarle lágrimas y gritos de dolor, y experimentaba una amarga alegría, en hallarse solo y poder maldecir.

Aquel esposo ultrajado, que adoraba á su mujer con locura, sabía que mientras los cerrojos le separaban de ella, la miserable estaba en libertad y se habia escapado con otro hombre! ¡Qué horrible y siniestro tormento! El comandante se preguntaba á veces, si no llegaría á

volverse loco. La cabeza le pesaba sobre los hombros á pesar de sentirla vacía y próxima á extraviarse.

Fouché habia dicho la verdad. El juez de instrucción, con la frialdad y la destreza de un bisturí, hizo que la herida manara de nuevo sangre. Riviere tuvo que sufrir incesantes interrogatorios, volver á ver de nuevo aquellas malditas cartas y oirlas leer! Mientras que el magistrado las tenía en las manos, Claudio hubiera querido arrojarse sobre él, apoderarse de ellas y hacerlas pedazos con los dientes.

En lo que Fouché se habia mostrado comedido y discreto en apariencia, el juez de instrucción estuvo implacable y cruel. Cada una de sus preguntas hacia al comandante el efecto de una de esas cuñas de madera que en tiempo de la Inquisición, hundian á martillazos entre las rodillas de los pacientes. Era una prueba más, pero hubiera preferido una bala en el corazón.

Entonces recordaba las palabras insinuantes de Fouché y sus terribles tentaciones. ¡Podía haber evitado el suplicio de aquellos interrogatorios y al mismo tiempo haber acudido libremente á su venganza! ¡Ah! aquellos dos seres, aquel hombre y aquella mujer que la policía buscaba sin poderlos descubrir, ya los hallaría él, y pronto adivinaría su escondite! Entonces, con qué placer hundiría sus uñas en el cuello de aquel Ciampi diciéndole cara á cara y con los ojos fijos en sus pupilas: ¡Eres un cobarde!

Y para saciar toda su ira, ¿qué era preciso? Abdicar, renunciar á todo sueño de libertad. No



ser ya conspirador, olvidar al ciudadano para no ser más que el esposo, el hombre que sufre y que desea hacer pagar á su verdugo todo lo que ha sufrido. ¿Por qué no? La salvacion de los demás ¿valia acaso lo que su propia salvacion, su dicha, su tranquilidad y su amor?

—¡Ah! ¡qué miserable soy!—se decia con horror el estoico comandante cuando esas ideas cruzaban su imaginacion.—¡Voy á llegar á ser tan cobarde como ellos!

Y es que amaba profunda y locamente, como los que no aman sino una vez, y que veia á Teresa, sonriendo á otro, fijando en el rostro de otro hombre sus grandes y aterciopelados ojos, alargándole sus manos blancas y suaves, entregándole su gracia, su juventud, su hermosura, ese encanto en que se embriagaba él, Cláudio, en aquel momento vencido y ultrajado.

—¡Ah! ¡desgraciado de mí!—se decia el militar.—¡No creeria que un esqueleto humano fuese bastante duro para resistir tantos dolores!

Estaba pálido, abatido, destrozado por aquel sufrimiento moral, y el altivo comandante Riviere, cuando le dejaban respirar un poco de aire libre en el patio de la cárcel, parecia un convaleciente que se arrastra por el jardin para reanimarse.

Un dia que se hallaba así, solo, sentado en un banco, con los brazos caidos y la cabeza inclinada, sintió con sorpresa que una mano rozaba su mano derecha, deslizando un papel muy delgado, arrollado como un cigarrillo.

Maquinalmente el comandante levantó los ojos.

Uno de los vigilantes de la cárcel se alejaba silbando y al parecer muy ocupado en arrojar piedrecitas con la punta de los piés.

—¿Qué me querrá ese hombre?—pensó Riviere.

Desdobló el papel con trabajo y con gran sorpresa y profunda é inesperada alegría, leyó estas pocas líneas, enigmáticas para otro cualquiera, claras y elocuentes para él:

*«Van á cambiaros de cárcel. En ella estará vuestra salvacion. Valor, Vuestro compañero de peligros estará allí. Acordáos del Petit Saint-Bernard. Vuestro hermano de armas.»*

»S.»

—¡Solignac!—exclamó el comandante Riviere.—¡Solignac está en París! ¡Solignac dispuestó á luchar por mí! ¡Agostino sabrá quizás pronto lo que pesa el brazo de un hombre que se venga! ¡Solignac me defiende! ¡Estoy salvado!